

NOTAS

CON MOTIVO DE *FIJODALGO*

Casi al mismo tiempo que publicaba yo mi nota sobre la etimología de la palabra *fijodalgo* en *RomPh*, agosto, 1950, págs. 47-53, aparecía en *Sp*, julio, 1950, pág. 384, una objeción a mi idea que puede desorientar al lector no muy versado en estas materias. Lo que A. R. Nykl dice allí, lejos de invalidar mi pensamiento, lo confirma y refuerza. El dato que menciona Nykl es éste:

“CHERBONNEAU in his *Dictionnaire Arabe-Français* lists ‘khammās *mercenaire à cinquième* . . . celui qui pour prix de son travail, a droit au cinquième de la récolte, semences prélevées, tandis que le maître prend le reste’. BIBERSTEO KAZIMIRSKI in his *Dictionnaire* lists ‘*khammās*, homme de peine. This resembles the situation of *aparceros* or ‘sharecroppers’. The proud *hidalgo* could hardly be traced back to such an ancestry.”

Ante todo habría que observar que ese vocablo *khammās* (*ḥammās* en nuestra transcripción) ‘quintos’ se refiere al contenido de lo que recibe el cultivador de la tierra, y no al carácter de su persona como “hijo de los quintos”. Reconocería yo de todos modos que, en relación con las tierras del *ḥoms*, se hallaban en situación humilde los campesinos que las labraban, según ya dijo Dozy, y puede verse en mi citada nota. Pero aun cuando se encontrara en árabe la expresión “hijos de los quintos” con el sentido de “hombres que trabajan humildemente”, esto no significaría nada en el caso presente. Las lenguas no toman palabras de otras lenguas como se saca agua de un pozo, porque no son las lenguas sino los hombres quienes incorporan a su vida las palabras que se dicen en torno a ellos; las palabras no existen como objetos fijos e invariables: las palabras son inseparables de la situación de vida en la cual se realizan como un medio expresivo dotado de un valor, un valor que muda en función de la perspectiva humana dentro de la cual la palabra, es decir, quien está hablando la palabra, existe. Acercarse a las realidades del idioma en otra forma supone querer insistir en manejar abstracciones, irreales y carentes de vida.

El que los “quintos”, o los “hijos de los quintos”, signifique en árabe ‘labriegos, cargadores’, etc., no excluye el que los “hijos de los quintos” tuviesen además otro sentido. Discurriendo como hace Nykl no podríamos comprender cómo la palabra *mariscal* (fr. *maréchal*, ingl. *marshal*) signifique la más alta dignidad alcanzable por un militar, y al mismo tiempo mozo de cuadra, herrador, granuja, etc. Según puede verse en cualquier diccionario, fr. *maréchal* procede del franco **marsh-skalk* ‘mozo de caba-

llos'. La palabra originaria y lo que designaba fueron modificando su sentido según iba siendo visto, vivido y valorado el objeto humano a que se refería aquel vocablo. Éste, visto y vivido en cierta perspectiva, tomó una dirección descendente o ascendente tanto en francés como en inglés y alemán, porque el hecho de cuidar caballos no es una "cosa" fija e inmutable, sino una realidad que varía con el sentido que se ponga en ella partiendo de la situación vital en que el hablante se halle. El caballo designado por la palabra **marh* fué vivido como un animal que tenía que ser cuidado en una cuadra, o ser herrado por un maestro herrador; o fué valorado por quienes vivieron el caballo como un elemento esencial en la vida del caballero. La realidad del caballo como animal se esfuma entonces, y surge en su lugar la dignidad de quien alcanzó alto rango en la corte gracias a los caballos. Por debajo de ese alto rango, el *mariscal* fué nombre del aposentador de tropas, del juez militar, etc. El segundo elemento de la palabra mariscal aparece en alemán con el sentido de *Schalk* 'ratero, bribón'. En la misma línea de vida lingüística, la palabra *caballería* tiene un sentido si decimos "la caballería de los fijosdalgo", y otro si decimos de alguien que es "una caballería". Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito. Las palabras no existen en sí mismas, porque entonces no podríamos situarlas dentro del contexto del vivir humano. El sentido en el cual consiste que las palabras posean expresión es inseparable de la relación del hablante con el mundo en torno, con la totalidad de su ser íntimo y, también, con la estructura de la lengua en que se expresa. Es decir, el sentido de la palabra se conecta con la manera de estar el hablante *en* su vida, la cual vida se halla situada *en* una historia. Arrancadas de su contextura histórico-vital, las palabras se hacen ininteligibles lingüísticamente.

Quienes rechazan mi explicación histórico-lingüística de *fijodalgo* a causa de los orígenes humildes que encuentran en ella, tal vez no tengan presente cómo sea en verdad lo que el lenguaje tiene de real. Para que *fijo d' algo* significara 'noble' hizo falta que *algo* infundiera en el *fijo* —en el modo en que esto acontece dentro de la vidura semítica—, la calidad valiosa que paternalmente poseía ese *algo*. De ese modo la *caritat* al encarnarse en el *fill* lo hacía caritativo; del mismo tipo es la antes citada expresión *fi de nemiga* 'enemigo', o *hi de malicias* 'malicioso', etc. Del *algo* procede sin la menor duda lo que hizo al *fijodalgo* ser noble, y sólo obstinándose en el absurdo se puede decir que en este caso *algo* es continuación formal y semántica del latín *aliquod*. La estructura árabe de *fijodalgo* es inseparable de la presencia en árabe de esta misma palabra aunque en forma plural: *bani-l-ahmas* 'hijos de los quintos'. Un azar hace que no podamos citar esa misma expresión en singular: *bani-l-homs*, o *ibn-al-homs*, o sea, 'hijos del quinto' o 'hijo del quinto'. Pero sabemos, sin duda posible, que los soldados conquistadores de Hispania recibieron en feudo tierras del quinto, y que aquella propiedad pasó de padres a hijos. El cultivo de la tierra estuvo a cargo de siervos, o de humildes labriegos.

Propietarios y cultivadores podían, por consiguiente, considerarse como "hijos del quinto", pues ambos participaban de los bienes derivados de aquellas tierras. Vista en la perspectiva musulmana, aquella partici-

pación no ennoblecía; dentro de la vida hispano-cristiana, sí; nos lo pone de manifiesto la estructura semítica de *fijodalgo*, con una realidad que en este caso no podemos desmembrar en forma árabe y contenido románico.

AMÉRICO CASTRO

Princeton University.

SOBRE ALGUNOS INSTRUMENTOS DE MÚSICA MENCIONADOS POR CERVANTES

Cervantes menciona en diferentes obras algunos instrumentos de la familia de las trompetas que han sido deficientemente identificados. La familia completa, en tiempos de Cervantes, constaba de seis instrumentos; en su clasificación italiana, que Cervantes debió conocer, se denominaban *clarino*, *cornetto*, *lituus*, *principale*, *tromba* y *corno da tirarsi*. Este último no era realmente un corno, sino una trompeta de varas (con tudel movable). La *tromba* era la *trompeta* castellana. Cornetas y trompetas tienen denominaciones especiales en Cervantes. Si el *sacabucho* denominaba en Cervantes al trombón de varas solamente, o a la trompeta de esta clase (*Zugtrompette*, en alemán), no puede saberse. De los tres instrumentos similares, *bocina*, *cuerno* y *trompa*, sólo la manera de estar mencionados puede sugerir su identificación. *Trompetas* y *cornetas* están usadas por Cervantes, en algunos casos, como sinónimos. En cuanto a la *trompeta bastarda*, constituye un pequeño problema cervantino que, probablemente, ha estado mal planteado. Quizá puedan dar alguna luz las observaciones siguientes.

BOCINA. CUERNO.—La bocina y los cuernos están mencionados por Cervantes (*Quijote*, II, cap. xxxiv) juntamente con los demás instrumentos de su clase, cornetas, clarines, trompetas, en un alarde de erudición bélica, aunque se trata en este caso de un estrepitoso fingimiento que tiene por objeto poner pavor en el ánimo del caballero y de su escudero. El nombre de *bocina* es clásico, pero en tiempos de Cervantes este instrumento no era ya la *tuba curva*, recurvada, instrumento utilizado para sus señales por la infantería romana y del cual se ha encontrado algún ejemplar en Pompeya, hoy conservado en el Museo de Nápoles. Según Sachs, hacia el año 1000 y bajo la influencia de los añafiles árabes, se enderezó el tubo de la bocina, alargándosele y dotándosele de una campana ancha. Se construyeron en dos tamaños. El más pequeño había dado la *trombeta*, que se encuentra en DANTE (*Inf.*, XXI, 139). El más grande conservaba su nombre original en Francia como *buisine*, y en medio alto alemán como *busine*, de donde *posaune*, el actual trombón. Para este comentarista, al añafil, musulmán (*al nafir*) era el *cor sarrazinois* de los poetas franceses medievales. Originalmente, el cuerno es el más simple de los instrumentos: se encuentra en la *Biblia* como *šofar* o *qeren*, cuerno de macho cabrío o de carnero al que se ha añadido una embocadura.